

Cuba en la integración latinoamericana y caribeña: oportunidades y desafíos

Dra. Oneida Álvarez Figueroa

Centro de Investigaciones de la Economía Internacional
(CIEI), Universidad de La Habana

Introducción

La economía cubana aborda actualmente complejas transformaciones para enrumbar un proceso de desarrollo dinámico y sostenible, que se caracterice por la equidad en la distribución de la riqueza y la justicia social. Múltiples son los desafíos de carácter interno que debe enfrentar, y a ello se adiciona el adverso contexto internacional, signado por la incertidumbre, la inestabilidad y el lento crecimiento de la economía mundial.

La elevada dependencia de la economía cubana respecto al sector externo acrecienta su vulnerabilidad e impone la urgencia de diseñar y aplicar estrategias acertadas y renovadas políticas para perfeccionar su inserción internacional. En esa dirección, una exitosa estrategia demanda, entre otros requisitos, un diseño sistémico de políticas sectoriales, comercial, financiero-monetaria, de cooperación internacional y de integración regional. Este trabajo se centra en el último componente, debido a que resulta conveniente explicitar las oportunidades que ofrecen los vínculos del país con el subcontexto regional, a favor del beneficio recíproco.

Los Lineamientos de la Política Económica y Social del Partido y la Revolución, aprobados en el VI Congreso del PCC, mencionan, entre los imperativos actuales para mejorar la inserción externa de la eco-

nomía cubana, la elevación de la eficiencia de la actividad de comercio exterior y el desarrollo eficaz de los procesos de sustitución de importaciones. Asimismo, se hace referencia a la necesidad de estimular los flujos de inversión extranjera directa, abordar de manera eficaz y gradual el saneamiento de las finanzas externas, recuperar la credibilidad del país y disminuir las tasas de riesgo crediticio que lo penalizan en la actualidad. Alcanzar estos objetivos se facilita si se logran reducir las debilidades internas, remover algunos obstáculos externos, potenciar los resultados de la cooperación internacional y elevar la eficacia de la participación del país en los diferentes procesos integracionistas regionales.

Diversos informes de investigaciones, realizados recientemente por especialistas cubanos, han identificado los desafíos a que se enfrenta el país, y evidenciado la necesidad de transformaciones para mejorar la inserción externa. También se han elaborado propuestas concretas para elevar la calidad de esta, en la esfera comercial y financiero-monetaria.

Nos ocuparemos en el próximo epígrafe de la participación de Cuba en los procesos integracionistas de Latinoamérica y el Caribe. Ello se justifica por la importancia geoestratégica que tienen para el país estas relaciones, la conveniencia de que se diversifiquen al máximo y se refuerce la interdependencia económica con dicha área, sin negar el valor de los vínculos con otras naciones emergentes que ocupan cada vez mayor peso en el escenario internacional, ni desconocer que para algunos requerimientos de expansión comercial y captación de financiamiento externo adquieren particular prioridad espacios de dimensión global.

Cada vez resulta más evidente que las esferas productiva, comercial y financiera de los países se proyectan hacia espacios de integración como una de las vías para garantizar: economías de escala, a partir de la ampliación de los mercados; superiores niveles de especialización y encadenamientos que conduzcan a una más alta productividad y mejor calidad de los bienes y servicios; mayor facilidad para el desarrollo de infraestructuras complementarias; conjunción de esfuerzos para lograr resultados científico-técnicos innovadores; y otros múltiples beneficios derivados de los procesos integracionistas.

En los últimos años las grandes potencias han intensificado sus acciones en dicha dirección y se constatan avances en las negociaciones

entre Estados Unidos y la Unión Europea en torno al proyecto de Acuerdo Transatlántico. Muy recientemente se ha firmado el Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica (TPP), donde participan 12 países, que representan el 40% de la economía mundial. Ante la evidencia de adelantos en la conformación de esas megasociaciones, resulta imprescindible que los países de menor desarrollo relativo prioricen el diseño, la ejecución y la constante evaluación de políticas integracionistas efectivas para avanzar en el progreso económico y social. En el caso de Cuba, perfeccionar esa trayectoria implica esclarecer las complejidades que caracterizan los procesos integracionistas en nuestra región y estimular el curso de los mismos hacia los escenarios más favorables.

La inserción de Cuba en los procesos integracionistas regionales

El análisis de este tema precisa partir de una breve referencia al contexto regional en la actual coyuntura, donde no se pueden obviar las fortalezas y riquezas naturales del área, derivadas de su diversidad biológica, considerada la mayor del planeta, así como sus extensos bosques, su amplia disponibilidad de agua dulce y su mayor potencialidad mundial en la producción de alimentos. Ella acoge también variados e importantes recursos minerales no renovables y reservas de combustibles. Unido, este bloque constituye la tercera economía a nivel mundial, con un PIB estimado en más de 6 billones de dólares y una población de unos 600 millones de habitantes.

Justo es reconocer que las políticas aplicadas en la última década por algunos gobiernos del área han ayudado a contrarrestar durante algunos años los impactos de la crisis internacional iniciada a finales del 2007, al tiempo que han mantenido un discreto crecimiento económico, y se han registrado avances sociales, de especial significado en determinados países sudamericanos.

No obstante, para el 2015 CEPAL pronosticó una contracción del crecimiento de la región (-0,3%) e insuficiente recuperación durante 2016. Entre otros factores que influyen en este negativo escenario se encuentran: la situación previamente descrita por la que atraviesa la economía mundial, la disminución de los precios de los bienes primarios, los menores flujos de IED recibidos y la fragilidad de la demanda interna.

Esta realidad corrobora que en la región persisten como temas pendientes de solución las transformaciones de su estructura económica, así como la vulnerabilidad y dependencia externa. A ello se añade la necesidad de reducir significativamente la pobreza y lograr un sostenible dinamismo en el crecimiento, acompañado de mayor equidad. Precisamente, estas cuestiones podrían considerarse entre los *principales desafíos* de la agenda integracionista regional, incorporando los principios de soberanía y paz a las deliberaciones y negociaciones que conduzcan a definir y alcanzar objetivos de desarrollo socioeconómico, en función de los intereses de las mayorías.

Resulta necesario evaluar sistemáticamente el contexto internacional y regional en que transcurren los mecanismos integracionistas, dado que los cambios de gobiernos, de coyunturas económicas, correlaciones de fuerzas, incidencia de factores externos, u otros, demandan una constante actualización de las proyecciones cubanas en esta esfera. La capacidad de reaccionar bien y con premura ante los cambios del entorno es imprescindible en las actuales circunstancias.

En perspectiva, es necesario considerar la multiplicidad de *factores clave* que pueden influir en la trayectoria futura de cada uno de los esquemas regionales de cooperación, integración y de concertación para realizar una evaluación objetiva de su estabilidad y posibles avances. Entre ellos merecen señalarse: la gobernabilidad de los procesos políticos en el poder, la percepción externa sobre legitimidad de los gobiernos, el nivel de interdependencia económica alcanzado, las prioridades de intereses de los gobiernos respecto a socios comerciales y aliados estratégicos externos, la correlación de fuerzas en la región, la evolución de los conflictos bilaterales históricos o nuevos, la estrategia de seguridad subregional y regional, así como el nivel de injerencia de actores extrarregionales en el área.

La combinación de los factores precitados puede conducir a muy *diversos escenarios*. Poseer respuestas alternativas y proactivas ante posibles cambios de contextos es un componente obligatorio de una política efectiva de inserción en esta esfera de las relaciones económicas internacionales.

Actualmente, desempeñan un papel favorable al curso de los procesos más progresistas, entre otros, los siguientes elementos: el fortalecimiento del papel del Estado en los países miembros, el compromiso de los militares con la preservación de la gobernabilidad democrática

y la reiterada voluntad política de los gobiernos a favor de la unidad regional, que es una añeja aspiración de los pueblos. Pero también resulta decisivo mantener la cohesión interna en cada país y consolidarla a nivel de las subregiones.

Cuba opta por impulsar los *factores clave* en dirección positiva al fortalecimiento de la concertación, la convergencia y la integración regional, como escenario más favorable al proceso de reestructuración socioeconómica que acomete en medio de serias amenazas. Pero se precisa continuar esclareciendo los objetivos transformadores que se desean alcanzar en el área, valorar realistamente hasta dónde es factible llegar con la correlación de fuerzas reinante, propiciar los consensos para emprender los cambios posibles y continuar concretando las políticas cubanas que puedan favorecer dicha trayectoria.

Más allá de la evolución futura de los procesos integracionistas, su estado actual en esta región se caracteriza por su complejidad, cuyas manifestaciones deben ser tenidas en cuenta al evaluar la participación de Cuba en los mismos. Lamentablemente, la amplitud y fortaleza de los vínculos recíprocos a lo interno del mercado latinoamericano y caribeño todavía no es una realidad, y son los países extrarregionales los principales socios comerciales y financieros de esta región. A ello se suman los escasos nexos en la esfera productiva y de carácter científico-técnico, todo lo cual evidencia la limitada interdependencia que han logrado estos mecanismos integracionistas durante sus numerosos años de vida.

No obstante esa desafiante realidad, *actualmente persiste y se refuerza la voluntad política a favor de la unidad latinoamericana y caribeña*, y esta es reconocida cada vez más como una condición favorable para hacer frente a las amenazas de la globalización y aprovechar en mejores condiciones sus potenciales oportunidades.

La globalización imperante dificulta en los países menos avanzados emprender procesos dinámicos de crecimiento, indispensables para alcanzar el desarrollo, sin férreos vínculos económicos externos. La interdependencia construida a lo interno de procesos regionales ha demostrado sus positivos resultados en aquellos casos que la han concebido como parte de su estrategia productiva, comercial, financiera y tecnológica, persiguiendo la máxima armonía entre las relaciones externas económicas y las políticas, en función de los intereses nacionales y de la región.

Ello podría ser más efectivo en Latinoamérica y el Caribe, cuando los esquemas y mecanismos constituidos respondan plenamente a *expectativas de integración legítima*. En nuestra concepción, ello equivale a visionar esos procesos dentro de un pacto de voluntades políticas, liderado por los Estados, con activa participación ciudadana y que rebase metas cortoplacistas, no enfocado únicamente a elevar los vínculos comerciales o las coordinaciones macroeconómicas, sino con objetivos de carácter multidimensional. Implica una noción renovada y solidaria de la colaboración, que posibilite el acercamiento gradual entre proyectos de desarrollo compatibles, que tome en cuenta la posible diversidad de los mismos y cimiente una sólida interdependencia productiva, comercial y financiera entre sus miembros. Los ejes prioritarios de estas asociaciones deben incluir la modernización de la estructura económica, basada en progresos científico-técnicos, sólidos lazos culturales, ascensos sucesivos en el nivel de vida de la población, la preservación del medioambiente, la paulatina eliminación de la dependencia respecto a potencias hegemónicas y la reducción de las asimetrías a lo interno de la región y de cada nación.

No se trata de una aspiración fácil de lograr; tampoco lo es consolidar la independencia y la soberanía de las naciones y la región, pero difícilmente se puedan lograr estos últimos propósitos sin la unidad, concertación y cooperación mutua entre los miembros de la comunidad latinoamericana y caribeña. Esto contribuiría a dinamizar una inserción internacional de la región, que posibilite acortar la brecha que la separa de los países desarrollados. El apoyo de Cuba al fortalecimiento de opciones con esas características, y su activa inclusión en las mismas, contribuirían también a perfeccionar su propio modelo de desarrollo y de proyección internacional.

Hoy es ya una realidad la participación en diferentes modalidades de procesos integracionistas regionales y subregionales de todos los gobiernos, muchas empresas, instituciones y de diversos sectores sociales de América Latina y el Caribe, convencidos de que ello constituye un factor decisivo que puede potenciar los esfuerzos internos de cada país para hacer sostenible sus planes de progreso socioeconómico.

En los últimos años se está produciendo un proceso de reconfiguración de los esquemas tradicionales. Se pretende ampliar su dimensión espacial y profundizar en los temas objeto de cooperación-colaboración, haciendo mayor énfasis en la esfera productiva,

social, de infraestructura, en el ámbito financiero, la certidumbre alimentaria y energética, la seguridad regional y la gobernabilidad democrática, entre otros. Pero los avances en la práctica son aún muy limitados en esas direcciones.

Adicionalmente, los marcos institucionales, regulatorios y negociadores son más flexibles que en las etapas iniciales de los procesos de más larga data, pero al mismo tiempo los convierte en más frágiles ante coyunturas adversas, y se observan retrocesos recurrentes.

También se trasciende el criterio de continuidad de fronteras terrestres, como en el caso de la Asociación de Estados del Caribe, donde la membresía está determinada por el mar que les une. Algunos nuevos esquemas se conciben más como vías para mejorar la concertación política y elevar la capacidad negociadora del grupo (CELAC, por ejemplo); otros ponen énfasis en transformaciones socioeconómicas para el progreso de sus miembros, como el ALBA-TCP. Estas nuevas proyecciones ameritan una intervención cada vez más vigorosa y multidimensional de Cuba en dichos esquemas. Constituye un motivo de alerta la participación cubana simultáneamente en varios esquemas institucionales,¹ (ALBA-TCP, PETROCARIBE, ALADI, CARICOM, AEC, CELAC). Ello puede exigir atención paralela a negociaciones sobre temas específicos en distintos escenarios. Se requieren precisas definiciones de prioridades a nivel de país y fuertes coordinaciones entre organismos cubanos respecto a las posiciones que se mantengan en los espacios subregionales, regional, y los compromisos extrarregionales. Resulta necesario un análisis sistemático de la compatibilidad entre ellos con las responsabilidades multilaterales, así como del beneficio alcanzable en cada marco negociador, por sectores y a nivel nacional.

La situación actual evidencia un alto interés de Cuba por los procesos de más reciente creación, entre ellos, el ALBA-TCP, esquema donde prevalece la cooperación. Es más fluida la concertación política entre sus miembros, y se privilegian los principios de solidaridad y ayuda mutua, aunque se requiere continuar prestando atención a sus limitaciones como mecanismo económico integrador y en su institucionalidad.

¹ Esta característica no es exclusiva de Cuba. Bolivia y Ecuador son miembros de la Comunidad Andina, del ALBA-TCP, la ALADI, la UNASUR y la CELAC. También han sido miembros asociados al MERCOSUR y se valora su posible incorporación al bloque.

En el caso de CELAC, el protagonismo del país ha sido elevado, y los resultados, hasta el momento, se pueden considerar muy positivos para la región y para Cuba. En el resto de los mecanismos latinoamericanos y caribeños, la incidencia del país es discreta y se encuentra por debajo de sus propias potencialidades.

En este sentido, resulta conveniente no subestimar las diferencias entre mecanismos de cooperación-colaboración, integración y concertación. Este espectro de posibilidades brinda oportunidades, en el corto plazo, para el diseño de formas diversificadas de inserción de Cuba, en función de los objetivos sectoriales o nacionales que persiga, la capacidad de influencia posible en el curso de cada proceso específico, así como las características actuales y reales potencialidades de los mismos.

No siempre las motivaciones y objetivos de participación de Cuba en procesos regionales de diferente naturaleza han respondido principalmente a intereses de carácter económico. Hoy es preciso que los móviles para ello tomen más en consideración los requerimientos estratégicos priorizados por el VI Congreso del PCC, lo que demanda ampliar la proyección económica, al perfeccionar la dimensión integracionista de la inserción externa. La colaboración, la integración y la concertación regional no deben ser elementos colaterales a la estrategia de desarrollo a largo plazo y a los planes inmediatos, sino parte consustancial de ambos, conciliando los objetivos de naturaleza política con la revalorización de las expectativas en las esferas económica y social.

La necesidad de perfeccionar dicha participación en los procesos asociativos regionales, además de los móviles generales que impulsan la tendencia integracionista a nivel internacional, debe tomar en consideración el carácter abierto de nuestra economía, que exige un aseguramiento efectivo de la alta proporción de su producto dependiente de su sector externo, unido a la importancia que reviste la región en todos los ángulos para el proyecto de desarrollo cubano.

Este país pequeño, bloqueado durante más de cinco décadas, y de escasos recursos naturales, ha logrado una conceptualización propia y consensuada con la mayoría de su población, sobre el diagnóstico actual y la visión futura de las relaciones internacionales y regionales. La misma ha encontrado aceptación, respeto y respaldo en múltiples escenarios y actores en distintas latitudes. Cuba está comprometida a

defender esos principios y contribuir a que se cumplan en la práctica, pero ello implica continuar los esfuerzos por la reestructuración del proceso globalizador imperante, especialmente por la igualdad soberana entre países y por la reconfiguración de la arquitectura institucional internacional. Sin ello tampoco resultará sencilla la viabilidad del desarrollo en Latinoamérica y el Caribe. Ese enfrentamiento a intereses poderosos y hegemónicos a nivel global impone la concertación regional para incrementar la capacidad negociadora e ir moviendo las correlaciones de fuerzas a favor del progreso.

Las asociaciones con diversas naciones del área son importantes para quebrantar el orden internacional prevaleciente en los organismos e instituciones internacionales, así como en otros mecanismos de negociación que surgen *ad hoc*. Por ende, resulta oportuno que Cuba continúe participando activamente en la búsqueda de estrategias y políticas concertadas regionalmente, y que contribuyan a fortalecer las posiciones negociadoras en los escenarios multilaterales, cuyas deliberaciones y acuerdos repercuten sobre esta región y sobre nuestro país.

La unidad regional en defensa de la forma más racional de explotación y utilización de los recursos naturales (incluida el agua), así como de las condiciones de comercialización de las exportaciones tradicionales, a favor del incremento del valor agregado de las mismas, y para conciliar posiciones en las negociaciones vinculadas al cambio climático y al logro de las metas de la Agenda de Desarrollo Post 2015, son solo algunos de los temas que justifican mayores concertaciones y vínculos de cooperación concretos con Latinoamérica y el Caribe, dada la prevalencia de intereses comunes al respecto.

Finalmente, debe comprenderse que la seguridad ambiental, alimentaria y energética de Cuba y la región, únicamente se puede afrontar con diseños y medidas prácticas conjuntas, por parte de los actores más progresistas de esta área, en medio de las acciones proteccionistas, dilapidadoras y especulativas de los gobiernos y otros agentes externos. Algo semejante ocurre con las necesidades de modernización de la infraestructura vial, férrea, portuaria, aérea, de telecomunicaciones, informática u otras, de elevados requerimientos financieros y tecnológicos, pero cuyos resultados pueden beneficiar a varios países.

También para Cuba la inserción en cadenas regionales productivas y de servicios es una necesidad urgente, como vía para garantizar espe-

cializaciones que tengan aseguradas mayores escalas de mercados y oportunidad de ganar experiencias en esta forma de operar.

Adicionalmente, algunos países más avanzados del área pueden convertirse en socios en el marco de empresas conjuntas, participar como emisores de inversiones extranjeras directas y copatrocinadores de proyectos, en particular, los que propicien aprovechar con mayor efectividad las potencialidades de conocimientos científico-técnicos, como uno de los recursos con grandes posibilidades para desarrollar las fuerzas productivas internas.

En otro plano, adquiere importancia en la coyuntura actual la posición de Cuba para contribuir a superar el fraccionamiento que implican los esquemas subregionales en las relaciones comerciales, porque se precisa avanzar hacia el multilateralismo a lo interno de Latinoamérica y el Caribe, para revalorizar las potencialidades del tamaño del mercado regional, que también para el sector externo cubano resulta apreciable.

Al trascender los móviles económico-sociales que aconsejan la más activa participación de Cuba en los procesos integracionistas regionales y la mayor influencia que el país pueda proyectar desde esa plataforma hacia el escenario internacional, resulta destacable que su inclusión en dicho contexto y el respeto solidario recibido de parte del resto de los países del área, contribuyen a legitimar externamente el proyecto socialista cubano, que equivale a fortalecer el blindaje de su soberanía.

Después de explicitar las limitaciones para una mayor inserción cubana en el movimiento integracionista regional, y las ventajas potenciales que de ello se derivarían, resulta conveniente apuntar que en los últimos años aumenta la inclusión de los actores sociales y de los agentes no gubernamentales en los procesos de cooperación, concertación e integración.

Ejemplo de ello son las acciones encaminadas a dinamizar la participación del empresariado en el MERCOSUR, y de diferentes sectores sociales en el ALBA. En ambos casos se trata de un proceso gradual que se encuentra en su fase primaria. Para Cuba constituye una necesidad estudiar y decidir la participación de los agentes empresariales, actores sociales y otros no gubernamentales en los procesos regionales. Esta circunstancia puede tenerse en consideración en la reestructuración del modelo cubano.

Otro aspecto a considerar en este análisis es que algunos de esos mecanismos regionales conciben en sus diseños de funcionamiento un conjunto de requisitos normativos, administrativos, financieros, y de otra naturaleza, que no se corresponden con la realidad cubana actual, aunque algunos de esos requerimientos están contemplados en las expectativas de transformaciones en curso.

Las posibilidades de acercamiento de los mecanismos operativos comerciales, aduaneros, bancarios, así como de normas de calidad y metrología, constituyen también un factor a estudiar. Algo similar ocurre con las homologaciones de carreras universitarias, títulos de posgrados u otras aristas del trabajo profesional, que contribuyen a facilitar las interconexiones en diferentes sectores, y sobre lo cual se ha comenzado a trabajar.

En las presentes condiciones, todas las oportunidades de cooperación-colaboración regional e internacional que puedan contribuir a elevar la eficacia y eficiencia del proyecto socioeconómico cubano deben ser evaluadas en función de sus impactos a corto y largo plazo, y se deben subordinar los costos de las acciones a las posibilidades reales de asumirlos, sin renunciar a los principios consustanciales de nuestro sistema político.

Algunas premisas para lograr más alto impacto de la participación de Cuba en los procesos de cooperación, integración y concertación regionales, se exponen a continuación:

- Perseguir, como un objetivo fundamental de la participación cubana en los diferentes esquemas regionales, la contribución de los mismos en la reestructuración económico-social de nuestro modelo, sin descuidar la incidencia política sobre ellos.
- Tomar en consideración, para la elaboración de estrategias y políticas en este ámbito, las disímiles exigencias y oportunidades que se derivan de la diferente naturaleza de los procesos, según prevalezcan en las mismas características de integración, cooperación, concertación, o combinaciones de ellas.
- Estudiar las mejores vías para incorporar en los procesos de integración-cooperación a los diferentes agentes y actores socioeconómicos presentes en la sociedad cubana actual.
- Evaluar e implementar, en correspondencia con los objetivos económicos y políticos del país, los requerimientos de cambios internos

de diferente naturaleza (en los mecanismos de regulación, legislativos, de políticas comerciales, monetario-financieros, aduanales, científico-tecnológicos y otros) para elevar la armonización paulatina entre las realidades nacionales y las del entorno regional.

- Favorecer la creación de condiciones objetivas y subjetivas para avanzar paulatinamente hacia mayor interdependencia económica con la región, reduciendo la concentración geográfica por países.

Consideraciones finales

Los procesos asociativos regionales y birregionales constituyen una pujante y creciente tendencia en las relaciones económicas internacionales contemporáneas, a la cual no se puede resistir ningún país que se proponga dinamizar su desarrollo. Para Cuba constituye un imperativo diversificar y perfeccionar su inserción en el contexto latinoamericano y caribeño, especialmente, a partir de una participación más activa de su esfera económica en los esquemas de cooperación, integración y concertación, teniendo en cuenta las especificidades de estas diferentes perspectivas.

El proceso integracionista en Latinoamérica y el Caribe reviste una alta complejidad, por diversos factores: la multiplicidad de esquemas vigentes, limitaciones institucionales de los mismos e insuficientes coordinaciones entre ellos, heterogeneidad de objetivos y actores promotores, superposición de espacios de actuación y diferente prioridad otorgada al mercado regional o al extrarregional en la aplicación de mecanismos comerciales, financieros y de colaboración. A ello se adicionan los permanentes esfuerzos desintegradores de intereses foráneos.

Se precisa profundo y actualizado conocimiento de esa realidad y una estrategia diferenciada de relacionamiento para cada proceso, que tome en consideración los beneficios y costos de las acciones previsibles en cada momento concreto. El diseño de escenarios prospectivos sobre esta esfera es decisivo para garantizar políticas acertadas y proactivas.

Entre los beneficios potenciales para Cuba de una certera estrategia de inserción en los procesos integracionistas regionales, se destaca: lograr mayor correspondencia entre la interdependencia económica y la importancia geoestratégica que reviste América Latina y el Caribe

para el país; incremento de la capacidad negociadora externa sobre los temas de su interés que puedan ser avalados por otros países del área; más amplias posibilidades de participar en cadenas regionales de valor en sectores productivos y de servicios; aprovechamiento del aumento del tamaño del mercado para exportaciones nacionales o derivadas de empresas conjuntas; generación de oportunidades adicionales para atraer inversiones extranjeras directas e integrar redes científico-técnicas; mejoramiento de condiciones para defender el racional aprovechamiento de los recursos naturales, el aumento de su valor agregado y las condiciones de comercialización de las exportaciones tradicionales o nuevas.

El abordaje de la seguridad alimentaria y energética, así como la modernización de la estructura económica y complementariedad infraestructural, unida a la sostenibilidad y diversificación del turismo u otros servicios profesionales del país, resultan objetivos menos complejos para Cuba en los marcos de procesos integracionistas.

Por último, y no de menos trascendencia, el mayor respeto de la región hacia el modelo socialista cubano, que se materializa en su reconocimiento a Cuba como un actor positivo y activo dentro de esta comunidad, contribuye a legitimar externamente nuestro proyecto de desarrollo y sistema sociopolítico, que equivale a fortalecer el blindaje de la soberanía nacional.

En relación con los esquemas asociativos regionales, el actual proceso de perfeccionamiento del modelo cubano debe tomar en consideración la necesidad de evaluar la conveniencia de incorporar a todos los agentes y actores socioeconómicos presentes en el país, e identificar los cambios internos requeridos, de diferente naturaleza, para compatibilizar los intereses nacionales y del entorno regional. Ello amerita una investigación complementaria y multidisciplinaria.

El diseño estratégico del perfeccionamiento de la inserción de Cuba en los diferentes procesos integracionistas regionales precisa una investigación específica, con enfoque sistémico, porque incumbe a esferas productivas, de servicios y del desarrollo infraestructural, así como a las dimensiones de política comercial, financiero-monetaria, cultural, científico-técnica y de innovación. Las mismas deben estar en sintonía con los objetivos de la política interna y de política exterior. Las acciones a implementar y el control de su ejecución imponen una gran coordinación entre diversos organismos e instituciones del ámbi-

to interno y del sector externo. Resulta aconsejable evaluar la conveniencia de crear grupos multisectoriales para estos propósitos.

Las reflexiones precedentes apuntan a considerar, de una parte, la complejidad del proceso integracionista regional, y de otra, su importancia y la conveniencia de que Cuba aproveche sus potenciales beneficios. Por ende, se demanda enfoques holísticos por parte de los diseñadores de estrategias y ejecutores de políticas, para identificar coincidencias y contradicciones; seleccionar y jerarquizar los marcos institucionales adecuados en cada momento, las esferas de cooperación a priorizar y los temas de concertación de máximo interés para el país. Aun cuando no se trata de una tarea sencilla, resulta ineludible afrontarla.

Los acontecimientos acaecidos en los años recientes corroboran que se ha producido un cambio en Latinoamérica y el Caribe; que persiste la voluntad política de la mayoría de los gobiernos por mantener un espacio de coordinación, cooperación, y concertación, capaz de potenciar acciones en pos de avances en las numerosas aspiraciones comunes, identificables en una agenda propia, donde la defensa de la soberanía y la preservación de la paz constituyen ejes centrales. Se ha logrado mayor reconocimiento mutuo y respeto recíproco, aceptando las diferencias entre las concepciones políticas, proyectos socioeconómicos y otras especificidades, a partir de sobreponer todas las motivaciones para la unión por encima de las divergencias.

La VII Cumbre de las Américas, celebrada en Panamá, es una destacada muestra de ello, y de las ventajas de la unión y concertación regional. Han resultado evidentes las potencialidades cohesionadoras del movimiento integracionista entre Latinoamérica y el Caribe, su pertinencia y los avances alcanzados frente al hegemon continental. Hoy, más que nunca, se renueva la expectativa de que una región mejor es posible y que es factible fortalecer las relaciones Sur-Sur, para que esta área continúe contribuyendo a la formación de un mundo multipolar. Es obvio el interés de Cuba en esa dirección.